

con su colega haciendo de él un escritor de literatura instructiva y un perplejo de los enigmas que el saber sabe que lo desafían. Él, Guitton, también ama el intento de conocer que solemos denominar filosofía. Platón nos enseñó a vislumbrarla.

Les antimodernes de Joseph de Maistre à Roland Barthes, Antoine Compagnon. Gallimard, Paris, 2005, 464 pp.

Una serie de trabajos aparecidos en revistas especializadas ha reunido Compagnon en este volumen, unidos por el hilo de la oposición a la modernidad. La categoría de lo antimoderno no está elucidada y así se mezclan los reaccionarios como Maistre, que intentan volver a épocas registradas en el pasado, con críticos de ciertos aspectos de la vida moderna como Chateaubriand, con quienes señalan la falsa modernidad de algunas instituciones contemporáneas como Barthes. En los antimodernos clásicos registra algunos caracteres que podrían constituir una conducta: el pesimismo metafísico y político, la creencia en la irreductible porción maligna de la condición humana, la tendencia a lo sublime y a la elevación por encima del término

medio, un estilo de vituperio en la exposición de sus ideas.

Tal vez Compagnon, que ha rastreado infatigablemente una cantidad de noticias, textos originales, comentarios y polémicas, testimonios y cotilleos (estamos en Francia, no lo olvidemos) del orbe letrado, ha orillado una categoría fuerte de la modernidad misma: la crítica que conduce a la autocrítica. Insurgirse contra la modernidad, como él repite, es propio de los modernos que han querido dar una vivacidad contradictoria a su pertenencia moderna. Pero una cosa es la insurrección crítica y otra, la insurrección cuestionadora. Criticar es involucrarse en el objeto criticado. Cuestionar es arrasar con él, pugnar por su aniquilación. Vaya dicho a favor de Compagnon que ha explorado fuentes no francesas —Nietzsche, Schopenhauer, Kant, Goethe, Kafka, etc.— lo cual no es tan frecuente entre sus paisanos como debiera, en asuntos universales como el presente.

Jesús de Nazaret. Su vida, su época, sus enseñanzas, Joseph Klausner, traducción de Jorge Piatigorsky. Paidós, Barcelona, 2005, 527 pp.

En oportuna reedición (el texto es de 1907), se puede volver a leer en castellano este libro, conocido

entre nosotros en 1989. Tal vez las fuentes hayan quedado en parte superadas por investigaciones posteriores, pero lo hecho se sostiene y fija una línea de lectura sobre el personaje y sus repercusiones: todo lo que en Jesús es posible historia documentada.

De la tarea emprendida se desprende que sabemos muy poco de la figura estrictamente histórica de Jesús, acaso alguna escasa noticia exterior a los Evangelios. De ahí lo fascinante de la interrogación acerca de quién fue este hombre, acaso Dios encarnado, un entretejido de enigmas que ha producido consecuencias históricas enormes y sin el cual resulta imposible pensar nuestra propia situación en el tiempo. Dicho escuetamente: cómo alguien con tan poca historia ha sido determinante en la Historia.

Klausner ha recorrido con microscopía la calidad de las fuentes, la época en que Jesús vivió entre nosotros, su biografía posible y sus doctrinas. Su conclusión es que hay escasa originalidad en lo que Jesús dice y un poder irresistible de convicción en su mensaje, un conjunto doctrinal sencillo y anecdótico, vivido como judío, pues Jesús lo fue. Luego, su deriva lo convirtió, paradójicamente, en cristiano. De ahí que el judaísmo deba tomar muy en cuenta al cristianismo como parte de su identidad, la parte no asumida como reli-

giosa y que ha de aceptarse como histórica.

A pesar de su moroso rigor probatorio, Klausner no puede ocultar la fascinación que Jesús ejerce sobre él. Es, además, capaz de contagiarla al lector. La gran pregunta sigue en pie: ¿cómo este hombre con tan escasa huella en su tiempo, sigue teniendo la titánica presencia en el Tiempo que su itinerario mitológico, eclesial y vivencial ha diseñado a lo largo de las fechas?

Pasiones frías. Secreto y disimulación en el barroco hispano, Fernando R. de la Flor. Marcial Pons, Madrid, 2005, 330 pp.

El barroco es una persistente inquietud de Fernando de la Flor. A la serie de sus trabajos sobre el tema se añade el presente, centrado, como suele hacer su autor, en la visualidad barroca, lo que registran emblemas, grabados, pinturas, monumentos efímeros y durables, tipografías, manuscritos. Ahora la pesquisa es guiada por las artimañas de la ocultación y el disimulo, estrategias divergentes que, en cierto sentido, intentan ocultar y disimular lo que no se puede decir directamente y, en otro, apuntan al esencial misterio que encierra el mundo sensible y

que lo hace trascendente y oscuro.

El orbe barroco es heterogéneo, múltiple, fluyente, inestable, mortal. Como el autor señala, su consideración impone la existencia de categorías opuestas y simétricas: la búsqueda de lo homogéneo, la unidad, lo quieto, lo eterno, lo inmutable. Hay una celebración de lo pasajero y una nostalgia de las pérdidas serenidad y perennidad clásicas. «Se embelesa en su melancolía» como dice en verso Solís y Rivadeneira. De la Flor, entonces, se ve abocado a atravesar la imagería y examinar el modelo antropológico del barroco, el sujeto de las frías pasiones, del amor intelectual, de los mecanismos cartesianos que explican la explosión afectiva y su vinculación con la virtud, sea ella represiva o expansiva. También la represión barroca colabora a la deformación general y excita la disimulación. Es un paradigma humano cuyo rostro es una máscara que acaba siendo el lugar del ser porque el rostro nunca aparece por estar prohibido o ser inexistente.

Weber, *Gianfranco Poggi*, traducción de Pepa Linares. Alianza, Madrid, 2005, 160 pp.

Con propósito de divulgación y riguroso didactismo, Poggi, pro-

fesor en diversas universidades europeas, presenta a Max Weber en su biografía, sus principios metódicos, su peculiar sociología histórica y su obra, encarada bibliográficamente. Así se repasa su situación en el doble campo de las ciencias naturales y del espíritu, su dialéctica entre política y ciencia, sus relaciones de crítica aceptación del marxismo. Los tipos ideales de su sociología se vinculan con la inevitable deriva de lo social en la historia. Un especial interés muestra Poggi en el estudio de los fenómenos religiosos y la categoría de lo religioso en general, ya sea al penetrar en la sociología de la religión como en la conocida relación weberiana entre desarrollo capitalista y protestantismo.

Weber fue un pensador estudioso y, con los baches provocados por sus crisis depresivas, muy trabajador. Entre sus labores cuenta su interés por la política, que lo llevó a militar, tras la caída del Imperio guillermino, en el Partido Demócrata Alemán. Más allá de esta circunstancia, sus razonamientos sobre el poder —la expectativa de la obediencia— y su legitimación teórica y jurídica, nos han dejado una de las construcciones más esclarecedoras sobre este núcleo de la realidad política y su conocimiento racional. En la búsqueda de su racional-

lización está su componente racional, que excede su oscura fenomenología activista, como en Schmitt, o su instrumentalización en una profecía progresista de la historia. De más está subrayar su cuadro de situación sobre la modernidad, del que seguimos viviendo, acaso porque continuamos siendo fatalmente modernos.

burg). De tal modo, la multiplicidad de puntos de vista, basamentos teóricos y diversidad de disciplinas, están asegurados. La utilidad requerida para este tipo de libros de consulta, se cumple satisfactoriamente por la oportuna selección y la competencia de los colaboradores, cuyos *curricula* pueden consultarse al final.

Pensadores clave sobre el arte: el siglo XX, *Chris Murray (ed.), traducción de Maribel Villarino. Cátedra, Madrid, 2006, 325 pp.*

A través de 49 escritores que se ocuparon, principal o accesoriamente, del arte a lo largo del siglo XX, cada uno encarado por un especialista, esta suerte de diccionario biográfico, intelectual y bibliográfico, sirve para reconstruir la compleja deriva de la materia en el Novecientos. La nómina reúne a una variada multitud: filósofos que razonaron sobre el arte (Croce, Heidegger, Gadamer), novelistas metidos a críticos (Malraux), sociólogos (Simmel, Bourdieu), antropólogos (Lévi-Strauss), historiadores (Wölfflin, Panofsky, Hauser), psicoanalistas (Freud, Lacan), ensayistas todo terreno (Barthes, Lyotard, Baudrillard), críticos de arte (Read, War-

La captación de las masas. Política social y propaganda en el régimen franquista, *Carme Molinero. Cátedra, Madrid, 2006, 223 páginas.*

Al terminar la guerra civil, la dictadura se encontró con una sociedad, la mitad de cuyos miembros le eran desafectos. Esta desafección dominaba, sobre todo, entre la clase obrera. Hubo de desplegarse, en consecuencia, una política social y propagandística (Acción Social, ocupación del ocio, Sección Femenina, Auxilio Social) que fuera, a la vez, de captación y de control. Para ello se contaba con una doctrina social bonapartista, en la cual las diferencias y conflictos de clases se disolvían en la armonización nacional bajo la atenta e infalible mirada del Caudillo.

A pesar de ciertas fórmulas ideológicas y el apoyo de los doc-